

## Estraperlo

No es que el asunto de que voy a ocuparme me interese gran cosa, pero creo que todos tenemos el deber de velar para que brille en todas partes la estricta verdad — y más, en cuanto afecte o pueda afectar a la docta Corporación a cuyo cargo está el «limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua castellana». Hay que procurar siempre que ello esté a nuestro alcance—y esta vez lo está— que no se tergiversen las cosas y deshacer aquellos errores o equivocaciones de que tengamos conocimiento y evidencia.

Es el caso, que en el número 61 correspondiente al día 28 de Agosto, de la publicación «Semana», se publicó un artículo —o reportaje, como ahora se llama, aunque me parece que más correcta y castiza palabra sería la de «información»— original de Martín Abizanda, titulado «La Academia Española claudica, y en él se dice, entre otras muchas cosas, lo siguiente:

«Se nos ocurre pensar que a los filólogos y lingüistas de los siglos venideros les aguarda buen trabajo cuando intenten descifrar la etimología de la palabra «estraperlo» por ejemplo. Tras de una escapada por los ricos yacimientos antiguos del griego y del latín, volverán al punto de partida con las alforjas vacías. ¿Qué erudito será capaz de adivinar el origen de eso del estraperlo? Muchos contemporáneos incluso lo han olvidado».

«El busilis hay que buscarlo unos quince años atrás. Era durante la República y gobernaba el país don Alejandro Lerroux. A algunos diputados de las parlamentarias les bullía en la cabeza el proyecto de restablecer el juego; pero como la animadversión hacia dicho entretenimiento tenía carácter nacional, probóse con una fórmula intermedia. De este modo creíase ir calentando a la afición. Y surgió un aparato, un sí es no es arbitrario, que recordaba la ruleta, aunque en vez de la siniestra bolita, aquí danzaba sobre los números una redonda perla. La máquina tomó entonces los nombres de su inventor, el judío Strauss, y de la excrecencia de un molusco».

Muy inocente me parece esa explicación de cómo se intentaba hacer renacer entre los españoles la afición a los juegos prohibidos. Hubiese bastado, según el articulista, sustituir «la siniestra bolita» por «una redonda perla» danzante sobre los números; algo así como la gran curiosidad que despierta entre el público y la chiquillería, el famoso *ou com balla* de la Catedral de Barcelona, en la festividad del Corpus. Y eso no es bastante. Si los españoles de entonces hubiesen sentido—en su totalidad—tal displicencia, aburri-

miento u hostilidad, para atraerles de nuevo hacia las tumbas, garitos o «grandes casinos», para «ir calentando a la afición», como escribe el señor Abizanda, por lo menos hubiera sido preciso, si no montar todo un cuadro de «revista», hacer danzar sobre los números de marras, no a una perla—y aun artificial, como es de suponer—sino a una real y verdadera bailarina con tantas gracias y seducciones como la Rita Hayworth.

Y además, lo de Strauss y su imaginaria perla poco explicarían el significado que se da a la palabra «estraperlo». Al fin y al cabo ¿qué? Un nuevo aparato inocente en sí, pernicioso por el objeto a que se destina y el mal uso que pueda hacerse de él, como tantos otros.

Y según se nos manifiesta en el mismo artículo, en el último Diccionario Manual de la Real Academia, el término «estraperlo» queda así definido: «Sobreprecio con que se obtienen ilícitamente, artículos o servicios sujetos a tasa. Familiarmente: chanchullo. De estraperlo: clandestinamente y con sobreprecio.»

Y esto ya está más en consonancia con lo ocurrido, que en realidad fué, si mal no me acuerdo, lo siguiente: Dos fueron los inventores, Strauss, y Perle. De la combinación de ambos nombres, salió el «Straperle» que se españolizó en «Estraperlo». Fué solicitada la au-

torización para su introducción en España, donde creo que se instaló en el Gran Casino de San Sebastián. Gobernaba España el señor Lerroux. A los pocos días de funcionar, hubo gran revuelo, por haberse sospechado o comprobado que había engaño o artificio en su mecanismo, mediante el cual, no quedaban al azar las jugadas, sino a la disimulada voluntad de quien lo manejaba o dirigía.

Se habló y comentó de todo esto en corrillos, tertulias y centros políticos, un rato largo. Se escribió también, como es natural, en la prensa de todos los matices, mucho sobre ello.

Mas no puedo decir, por valerme solo de la memoria para redactar estas líneas, que no tienen otro objeto que el de llamar la atención —si acaso llegan a ellos— de quienes confeccionan, hilvanan o manejan eso de las etimologías, para que algo más inquieren, rebusquen o averigüen antes de dejar la cosa por definitiva.

Porqué en lo que sí está verdaderamente acertado el ilustre y admirado periodista señor Martín Abizanda es cuando escribe:

«¿Qué erudito será capaz de adivinar el origen de eso del estraperlo? Muchos contemporáneos incluso lo han olvidado».

J. B. S.



## Glosando una crónica

El jueves, veintitrés de agosto próximo-pasado, apareció en el Diario de Barcelona un magnífico artículo, firmado por nuestra ilustre escritora Concha Espina.

Su título, «Cuidado con las banderas», —ingrato y vacío título para la tal crónica—, no nos sugirió ni la más mínima idea de lo que en ella se relataba.

En esencia, se trata del loco correr de un tren, hendiendo montañas por las obscuras gargantas de sombríos túneles, bajo el alud y la borrasca.

De pronto, y al conjuro de un señuelo rojo, levantado al aire por las previsoras manos de una guardesa, «moza triste y rubia», detuvo el tren su marcha. La muerte estaba apostada en el camino; en la boca del túnel número ochenta

El hecho está descrito con verbo potente, con adjetivos afilados como guadañas. Y uno llega a sentir como el peligro se cierne sobre su propia cabeza, como ruge el alud, como éste pinta de espasmos a la desolada tierra.

«Mirando al cielo, mirando a las cumbres altaneras, hendidas de torrentes, no había que preguntar por qué motivo se detenía el tren; lo que fué en la llanura castellana débil nublado se convertía sobre el puerto salvaje en loca tempestad.

Rojas y turbias, las aguas se despeñaban con inaudito furor, buscando cauces en donde amansar la garla estrepitosa; a su paso se enrojecían los riscos con un color de arcilla fuerte y rabiosa; el celaje, cárdeno y amenazador pesaba con torvo ceño sobre la cordillera, y el tronido ronco de las nubes bajaba hasta la vía en tableteo formidable»

Uno no sabe si estos párrafos, si la crónica, pueden gustar a cualquiera. Uno no sabe de ese alguien que pudiera aducir otras páginas mejores. Pero el escritor, humilde y agradecido, ha aprendido de esas líneas una soberbia lección. A su vez, las cree hermosas y perfectas; más aún, con resabios de milagro, porque las pupilas de Concha Espina, hace tiempo se durmieron a la luz.

Si unos ojos ciegos pudieron ver, no ya adivinar, como se enrojecían los riscos con un color de arcilla fuerte y rabiosa, el alud ocre, la moza triste, el rojo dramático de un banderín y un celaje cárdeno, ¡cuántas posibilidades de vida no habrá entre las frías y gruesas paredes de cada cárcel del alma!

Si las conquistas de orden moral son esencialmente solitarias, solitario es su goce y su disfrute; inexpugnable su refugio, contra el hurto, el asedio o la muerte.

¡Así un ciego sigue viendo y cada preso de su propia vida, caminando!—L. d'Andraitx



## 5 MINUTOS con el interior Aylagas

A la terminación del partido aguardamos al nuevo interior izquierda Aylagas con ánimo de darlo a conocer a la afición futbolística local.

—Su nombre completo, ¿por favor?  
—Máximo Aylagas Herrera, nací en la barriada de San Andrés el 15 de Diciembre de 1916.

—¿Contento de su actuación?  
—A decir verdad aún no me han visto los aficionados en mi buena forma, verán cuando lleve jugados unos cuantos partidos más y el equipo esté debidamente aco-

plado.  
—¿Se acordaría de su supongo, largo historial?

—Miraré de acordarme. Empecé a jugar en el Gracia en la temporada 1934/5 [parece que fué ayer!]. Luego fiché por el San Andrés en la temporada 1935/6. Aquí hay un vacío correspondiente a los años de nuestra guerra civil. En el año 1940/41 fiché por el Granollers, adquiriéndome luego el C. de F. Barcelona y cediéndome a los clubs A. Zaragoza y Escoriaza ya que hacia el servicio militar en aquella capital, hasta el año 1943. Jugué un partido amistoso con el Tarragona, contra el Reus, en el cual según la opinión de los críticos, lo hice bastante bien y me ficharon para las temporadas 1944-46 en las cuales el «Nastic» subió a Tercera y luego a Segunda División. En dicho equipo jugué la semifinal de la Copa de S. E. el Generalísimo en el Es-

tadio de Montjuich. En las temporadas del 1946/51 volví al S. Andrés y finalmente heme aquí con el C. de F. Guixols en el cual espero rendir todo lo que sé pues bien se lo merece este admirable público.

—Así pues, ¿está contento de haber fichado con el Guixols?

—Contentísimo y le ruego transmita por mediación de su periódico ANCORA mis saludos a los aficionados guixolenses.

—Así lo haré. Y ahora dígame ¿qué tal le han parecido sus compañeros?

—Bien, aunque es prematura la opinión con solo dos partidos jugados, pero con algún cambio estoy seguro se logrará un gran equipo.

—¿Cree que con las modificaciones que se llevarán a cabo este año, nos mantendremos en la actual Categoría?

—Tenga en cuenta que estamos a principios de temporada, pero si hay las modificaciones anunciadas anteriormente estoy por afirmar que quedaremos dentro de los seis primeros clasificados.

—¿Pronóstico para el próximo domingo?  
—Caella. No sé como estará este año el Caella pero bien creo que podremos llevarnos un punto.

—¡Que Dios le oiga!

Y con este diálogo nos despedimos del buen amigo Aylagas haciendo votos para que su actuación a lo largo de la actual temporada sea lo más feliz que desearse pueda.

J. Ferrer G.

## CARTAS AL DIRECTOR

Más lejos todavía.

Sr. Director de ANCORA

Creo poder indicarle que el país más lejano donde se remite ANCORA, es Asunción (Paraguay), donde tengo familiares, no ha muchos años ausentes de su patria.

Con referencia al Concurso Futbolístico me remito a las cartas de Concepción y P.M.M. A.

Muchas gracias, Concepción.

Sr. Director de ANCORA.

De acuerdo con su contestación, destino el ejemplar de siempre para mi archivo y me gasto una peseta comprando otro ejemplar para llenar el boleto del Concurso Futbolístico.

Con ello le supongo satisfecho, pero yo continuo mutilando la literatura de este segundo ejemplar y continúa doliéndome.

GONCEPCION.